José Angel Barrueco

# El crudo color de la realidad

*Él lo vio... Noche negra, luz de infierno...*
*Hedor de sangre y pólvora, gemidos...*
*Unos brazos abiertos, extendidos*
*En ese gesto de dolor eterno.*
Manuel Machado

Achicharraba el sol con sus huestes de bochorno el manto floral que recubría el valle. Pacían las bestias embotadas en su mansedumbre, buscando ese refugio hospitalario que proporciona la sombra de los robles. La cigarra, agradecida de calores y risueña de sosiego, estremecía con sus cantos la placidez de la atmósfera. Algunas aves presagiaban en el cielo, con un vuelo desazonado, la venida de otros tiempos, menguados de libertad y de esperanza. Gonzalo de Vega, de hinojos entre las amapolas, escudriñaba, con la flema de sus diez años, los entresijos de los tallos y el laberinto de la hierba, al acecho de grillos y otros coleópteros. Gustaba de atraparlos con una mano mientras, con la otra, preparaba las fauces de una lata de conservas vacía sobre cuya superficie reverberaban los rayos de luz de la hora de la siesta. Luego mostraba a sus amigos el contenido de su mazmorra, con ese alborozo del cazador que retorna a casa llevando el morral colmado de presas y la canana despojada de cartuchos.

Habían transcurrido sesenta minutos desde que su madre le rogara, el labio temblando, que fuera al cerro de Nicanor y no volviese hasta que la noche le ocultara los contornos de los árboles. Desde que le dijera que no debía preocuparse por nada. Que todo se iba a solucionar. Y que le quería.

Gonzalo estaba catalogado en el pueblo como un chico peculiar e introvertido, una personita que estimulaba las sonrisas de los mayores con sus arrebatos de fantasía. Si bien prometía que eran ciertos, ningún adulto era capaz de admitirlos en su credo de convencionalismos, ni de profanar el escepticismo de sus años por culpa de las chiquilladas o la imaginación desbordante de un zagal.

Tenía un iris revestido de color azul, siendo el otro negro. Esta particularidad, que es un rasgo distintivo de algunas personas, le confería un status de niño bautizado por las estrellas entre los ancianos, más proclives a las explicaciones fundamentadas en leyendas y tradiciones, y de bicho raro entre la patulea formada por sus compañeros, siempre inclinados a regalarle motes y convertirlo en blanco de chanzas.

Pero Gonzalo juraba, sin demasiada emoción ni entusiasmo (que le hubieran facilitado el camino hacia la credibilidad por parte de sus vecinos y ganado algún devoto de sus ocurrencias), que con el ojo azul veía, como toda la gente, una gama exquisita de colores, y que el azabache, en cambio, le mostraba un mundo en blanco y negro, con matices de mayor sugerencia pero reflejo de un ambiente que le embargaba de angustia. Llamaba a éste último su ojo malo, por acercarle a un pasado arcaico entrevisto en las fotografías de sus antecesores, a una época que había dejado sus huellas en esos retratos colgados por las paredes. Sin cerrar los párpados, aseguraba percibir las imágenes bañadas en tonos confusos, como si a una postal en sepia se le superpusiera un filtro de suaves pigmentos. Por dicho motivo, el muchacho solía taparse el revestimiento palpebral correspondiente al izquierdo con la mano o improvisar parches de pirata (para mirar las cosas como la realidad las ofrecía) que su madre desaprobaba, pues el desuso de aquel globo ocular lo estaba convirtiendo en uno de esos ojos holgazanes que terminan arrastrando, indefectiblemente, a la miopía. Su tío Amaro, que ya padecía los estragos de la presbicia aunque rechazaba la utilización de gafas, procuraba aleccionarlo acerca de los perjuicios de ir por ahí simulando ser tuerto.

-Si cubres uno de los dos, es como si sólo vieras media vida, chaval. Dios nos da casi todo a pares, y el que desaprovecha lo que tiene es igual que si fuera un tonto, Gonzalito. Haz caso del buen Amaro, que sabe mucho.

-Es que éste –y señalaba el izquierdo– está enfermo, y ve distinto.

-Eso son chuflas de crío.

-Pero a mí me pasa de verdad.

-Ay, cuántos tuertos quisieran ese ojo que dices no ve bien. Mira, yo no sé demasiado de esas cosas, pero no creo que el color del iris tenga relación con lo que capta la retina.

Gonzalo sentía devoción por el hermano de su fallecido padre, quizá porque encontraba en él esa figura paterna que perdiese cuatro años antes. Su tío Amaro tomaba chupitos de aguardiente de orujo, desayunaba chorizo y panceta a la lumbre y era ducho en el manejo del azadón. Y entendía algo de política. Por esa razón (creyó oír en labios de su madre, aquella mañana) se había echado al monte con varios amigos del pueblo y la escopeta de caza al hombro, y mayor cantidad de munición que si fuera a matar conejos o jabalíes. El muchacho siempre intuía, en su voz quebrada por el tabaco de picadura, los vestigios de un héroe curtido por las faenas del campo y el sometimiento a la tierra, un héroe a la antigua usanza, provinciano, sin más poder que el de sus brazos y el de su arma de dos caños. Hubiera deseado acompañarle para desaparecer en el abrigo que ofrecían los montes, pero ni siquiera probó a ser aceptado en la partida: sabía de antemano que recibiría una negativa, pues el tío mostraba el gesto imperturbable de quien está inmerso en asuntos que no incumben a un chiquillo.

Capturó un bicho y lo encerró con presteza en el interior de la lata, sirviéndole de tapadera la sudorosa palma de esa mano que ejercía el papel de cancerbero de insectos, mientras se iban consumiendo esas horas plúmbeas que preceden al atardecer. Pensaba que no podía aguantar tanto rato deambulando por el valle, a pesar de las distracciones que sabía procurarse en solitario: observar los caprichos de la naturaleza era su principal entretenimiento. Pero algunos juegos eran irrealizables sin la compañía de una algarada de muchachos: el escondite, la petanca, el manteo, la pídola...

En la villa, durante la mañana, habían flotado esos aires de miedo y agitación que vaticinan el inicio de una revolución. Los vecinos susurraban entre sí, procuraban guardar la compostura, los cerrojazos se sucedían en cada hogar, los chismorreos se transmitieron por el viento cual enfermedad contagiosa, algunos optaron por no acudir a sus faenas diarias; muchos, en cambio, persistieron en labores que no ejecutaban con eficiencia por tener carcomidos los nervios. Gonzalo, libando con los ojos el comportamiento de los adultos, llenándose las retinas de sucesos, vio marcharse a varios familiares y amigos, que surcaron las jaras de los altozanos para refugiarse en las montañas, con esa urgencia recelosa que se les atribuye a los ladrones y espías.

-Dios de mis amores –oyó a una mujer–, la que se está cociendo.

El chico entendió que los habitantes de su pueblo se agitaban y caminaban inquietos de aquí para allá (como esas hormigas que él acosaba con una lluvia de esputos en el tráfago de su guarida) a causa de la intrusión de grupos de hombres, soldados en su mayor parte, con caras de pocos amigos, brazos alzados y un vigor en los ademanes al que no era ajena la presencia de armas en los cintos y al hombro.

De amanecida, gracias a otro de sus raros caprichos (el de augurar, observando el cielo y el vuelo de las aves, si el día iba a traer calamidades o fortunas), dijo en casa que sucedería algo grave, pero que él ignoraba la naturaleza del mal. Al principio, se rieron.

Ni siquiera Nicanor había hecho acto de presencia para ocuparse de su rebaño: eso sí que resultaba insólito. Al menos, allí en el campo no estaba uno sometido a los sobresaltos del pueblo.

Con su oído habituado a escuchar los lamentos y zumbidos de la naturaleza, Gonzalo de Vega distinguió la repercusión de unas voces encabalgadas en la brisa. Recordó el consejo de su madre:

-Escóndete en cuanto veas a alguien. No importa quién, pero sobre todo si tienen pistolas o escopetas. Los hombres armados, si no van a cazar, son los más peligrosos del mundo, hijo. Ahora, corre, y no vuelvas hasta que sea de noche. Tu tío Amaro vendrá a buscarte. No tengas miedo.

-¿Estás segura de que vendrá a recogerme? Quiero ir con él.

-Eso espero –suspiró–, que regrese. Vete, y no olvides que te quiero.

Se parapetó en una zona anfractuosa del terreno antes de que las primeras cabezas hicieran su aparición. Cuidó de que la jaula no se le cayera de los dedos mientras apartaba los abrojos para examinar, con el ojo bueno (sobre el párpado izquierdo se había calzado un parche fabricado con un pedazo de cuero y un cordón viejo), a José Ramón Cabeza, al *Coplilla* y a Conrado *el Manco*: en sus rostros se leía una indignación tamizada por ese rastro de pavor de los que desconocen su futuro en los siguientes minutos, un nerviosismo que no estimula a pensar ni tampoco a tomar decisiones recapacitadas. Tras ellos iba una comitiva formada por tres hombres, con camisas azules y catadura de facinerosos. Apuntaban a sus vecinos y les increpaban en voz alta para que tomaran el sendero que, atravesando el valle, se alejaba de la aldea. Se preguntó por qué se producía tanto alboroto, precisamente en un sábado, que era el día en el que su tío gustaba de llevarlo de caza: ¿qué tenía de anómalo un dieciocho de julio?

Gonzalo gateó como un felino para observar de cerca las fisonomías de los desconocidos. Uno era fornido, con el pecho inflado, de coloso, papada y mejillas sin rasurar, palillo entre los dientes y una sonrisa insultante, como satisfecha de sus obligaciones y deberes. El segundo, de buen tamaño, con bigote y cuerpecito escuálido, abusaba de cintos y cartucheras, y resaltaba su cólera empujando con la culata del fusil a los prisioneros y frunciendo el ceño. Al último, de menos estatura que los demás, también le sobraban las carnes por encima del cinturón, pero poseía un semblante sin pelambreras o cicatrices, casi guapo, y el cabello muy peinado hacia atrás; pañuelo al cuello, nariz larga y ademanes precisos, muy seguros de triunfo, constituían el resto.

Cuando los tuvo de espaldas, Gonzalo imaginó se dirigían a las ruinas del chamizo de Pontejos, un labrador que falleció sin dejar descendencia y cuyo hogar fue destruido por el abandono y las tormentas.

El muchacho permaneció escondido, sentado junto al cauce de una acequia semioculta por los abrojos, mientras en la tarde se desgranaban las horas.

-Están ocurriendo cosas terribles –le había dicho su madre, con el aire trágico e imposible de una musa campesina–. Los hombres parecen haberse vuelto locos.

-Pero, ¿qué ocurre, mamá?

-Nada que puedas comprender con tus años. Aunque yo tampoco lo comprendo y, ya ves, voy para vieja.

-Ya te dije que hoy sería jornada difícil.

-Pero pasará pronto, tú no te preocupes –había desviado la mirada al suelo, adormilada en sus pensamientos–. Con la violencia sólo va uno a parar a pozos sin fondo, así no se arregla nada... Y yo terminaré pagando por el hermano de tu padre, que en paz esté.

-¿Qué quieres decir, tiene alguna culpa el tío?

-No, hijo, él no tiene nada que ver. Era un pensamiento en voz alta, sin importancia.

Antes de escabullirse por la parte trasera de la casa, la imagen que se llevó de ella fue una composición de retazos a los que su escaso conocimiento de la situación no acertó a conferirles un sentido: temblores resignados, pánico en las pupilas, olor al sudor que emana la carne sorprendida por la ansiedad. Era un chico obediente y en

absoluto movido a rebeldías, por lo que corrió a ocultarse en el valle sin hacer más preguntas.

Surcaron el cielo los ecos de una andanada de disparos, y llevaban impreso el sello de la fatalidad. Gonzalo se asustó y, unos minutos después, asomó la cabeza. Tenía entre las yemas un saltamontes al que las estampidas no dejaron guardar en el bote de conservas. Sintió un atisbo de miedo cuando regresaron, solos, los tres intrusos, olorosos a pólvora y a victoria, sin que sus facciones delatasen el acto cometido unos metros atrás.

Al perderlos de vista, el chico, calada la boina para proteger su frente de la solana, se acercó el saltamontes al ojo azul. El sol resaltaba sus tonalidades verdes, que le llegaban más bellas por no corromperlas con el traidor ojo negro. También se adivinaba el miedo en su cabecita de insecto. Lo guardó con los demás bichos, siempre entreabriendo los dedos para que no se asfixiaran. Estudió su mano: el ortóptero le había manchado la palma con su líquido defensivo.

Cuando hubo oscurecido, tomó la decisión de esperar unas horas, quizá hasta que en el pueblo se durmieran todos. Hizo sus necesidades entre los matorrales, sin ese asomo de pudor que caracteriza a los desacostumbrados a esta clase de urgencias en pleno campo, y burló al estómago con la deglución de algunos frutos.

La noche semejaba un mar negro, colmado de presagios y tragedias, cuando Gonzalo divisó otro par de comitivas: siempre regresaban la mitad de los que habían ido en dirección a las ruinas. Conocía a cuantos desaparecían tras recorrer el sendero. Escuchó llantos, insultos, protestas, ruegos. La noche aderezaba estos paseos con una bruma de escalofríos, aromada de derrota.

En la última atisbó la figura de su madre, temblorosa, marchando al lado de dos mujeres más. Los hombres que portaban linternas, pistolas y un fusil eran los mismos que habían acompañado a José Ramón Cabeza y sus compañeros. Esta vez los siguió a una distancia prudente, con el sigilo de un animal del bosque.

Sorteado el trecho, permaneció oculto, observando, amparado por el disfraz que le prestaban la negrura y el tronco de un roble. Apoyaron a las mujeres contra la tapia. Desde su posición, Gonzalo veía a los hombres en escorzo, con sus perfiles bañados por los reflejos de las linternas y entonando vivas a España. Su madre se orinó encima, pero no dejaba rodar ni una lágrima. Otra de ellas estaba desquiciada, como si hubiera perdido el juicio.

Cercano a las ruinas había un suave declive con un agujero, socavado en lo abrupto del terreno, que parecía servirles de zanja. Trató de reconocer los cadáveres, pero el resplandor de las luces no alcanzaba esta parte, impidiéndole discernir sus rasgos. Le vinieron a la memoria las palabras de su tío, dichas a modo de consejo en una madrugada de caza:

-Cuando uno tiene que enfrentarse al peligro, lo tiene que hacer sin temores, con firmeza, con dos huevos. No vale achantarse, hay que luchar. Tú eres todavía muy pequeño, pero en una batida, como en la vida, hay que jugársela. Si el marrano no está muerto y se envisca, tú te plantas y resistes con la escopeta al hombro. Hasta que lo tires. Si ahora nos hiciera frente un cochino, pelearía con él para salvarte a ti.

Pero él no se sentía capaz de prorrumpir en un grito, de combatir o detener a esos hombres que parecían surgidos de una mala pesadilla. No disponía de la sabiduría de Amaro, ni de su arrojo, aun menos de la edad. Se consideró cobardica e irresoluto.

-Vamos, que no tenemos toda la noche, coño. Rapidito –soltó el que llevaba el palillo entre los dientes, como si fuera quien daba las órdenes.

Dispararon contra su madre. Fue la primera en caer. La oscuridad, mitigada por el haz de las linternas, no impidió a Gonzalo de Vega empaparse de toda esa sangre roja

que se escurría hasta desaparecer en la arena, de una tonalidad estridente que le atravesaba las cuencas, que le inundaba con su cargamento de dolor. Entonces, cambió el parche fabricado con cuero y un cordón viejo y se cubrió el ojo bueno: no podía apartar la mirada de la sangre, y deseaba obtener la escena de irrealidad, tramposa, que le ofrecía el blanco y negro del ojo enfermo para poder, así, negar esa realidad tan cruda que le transmitía su mirada azul. De este modo, el líquido espeso que abandonaba el cuerpo le pareció muy oscuro, menos doloroso, sin esa cualidad de vida inerte y desparramada por la arena. Observó una imagen llena de luces y sombras, e imaginó que lo que empapaba a su madre era una mancha de aceite, o de vino, que ella trataría de borrar con un fregado en cuanto cesara su macabro truco, una vez estuvieran en casa.

Luego soñó despierto, porque nada ni nadie le prohibiría soñar, que conseguía transformarse en su tío Amaro, con toda la fortaleza que admiraba y el valor que le suponía, y que, sin las ataduras de la impotencia ni de la cobardía, lograba detener los sucesos que le habían conmocionado, y que rescataba a su madre: soñó con llegar a ser fuerte y con saber tomar decisiones.

Cuando los hombres se hubieron alejado, sacó a los tres o cuatro insectos que componían su botín del día, y los fue aplastando uno a uno, afligido, y también estimulado por la rabia, antes de regresar a la villa.